



LIBROS

LUIS GALLEGOS VALDES.—*Tiro al blanco.*—Ministerio de Cultura, Dirección de Bellas Artes, San Salvador 1952. (19 x 13, 187 páginas).

Este libro ha venido precisamente cuando Luis Gallegos Valdés acababa de ser nombrado Académico de la Lengua, y él solo basta para justificar este nombramiento. Estilo sencillo, clásico, claro, elegante; porque, en fin de cuentas, la elegancia está en la selección de formas, y no precisamente en la profusión de adornos.

Pero vengamos al fondo del libro. *Tiro al blanco* es un libro de juicios críticos. *Tiro al blanco* del teatro de Cervantes, de Quevedo, Azorín, Benjamín Jarnés, Pedro Salinas. Esto entre los españoles. Luego apunta a un hispanoamericano, Blanco Fombona y por fin a dos franceses, Balzac y Marcel Proust. Y no hay duda que con su juicio certero y sereno da en el blanco. Así lo creemos después de leer esta colección de ensayos críticos que Luis Gallegos Valdés reúne ahora en un tomo.

El libro va precedido de un estudio sobre crítica. Allí nos habla de sus aficiones a este género y nos explica cómo se hizo crítico. Al leer un buen libro tomaba apuntes: contenido, impresiones, acotaciones. Así fué guardando sus notas. A esto se unió la lectura también de los ensayos críticos de Menéndez y Pelayo, Valera y Azorín, de Blanco Fombona, Rodó y Luis Alberto Sánchez. Así se formó, con tan buenos maestros y tan buen método, el crítico que ahora admiramos.

En él se encontraron las dotes que exige en su primer trabajo "Conside-

raciones sobre la crítica": buen gusto, discernimiento, amplia cultura y honradez.

El criterio es siempre sano y aun hablando de ciertas escuelas de vanguardia, da ejemplo de amplia comprensión.

Luce erudición, se sirve de libros modernos y tiene cuidado del aparato crítico, citando las fuentes al pie.

Esta erudición se hace más ostensible en su ensayo sobre la revolución que trajo al mundo la imprenta, pero se encuentran despuntes en casi todos los trabajos.

Los ensayos, fuera de alguno que otro como el de Quevedo, están trabajados a fondo, con conocimiento de causa. Alguna vez, quizá por tratarse de trabajos ya publicados parcialmente, se repite como en el problema de si hubo o no generación del 98 (Págs. 77 y 135).

La importancia de la forma que él destaca en Balzac, podría aplicársele a él mismo, que aunque no la cultiva especialmente, es siempre limpia, clara y castiza.

Acerca de la teoría del arte se sostiene en la pág. 177 que "la literatura no sólo es amable distracción para gentes aburridas y tediosas. Tiene una misión más alta, además de deleitar: contribuir a que los hombres lleguen a ser cada vez mejores ética y estéticamente". No cumplió ciertamente Balzac en sus novelas, casi todas condenadas por la Iglesia, este principio de que aquí tanto blasona.

Felicitemos a Luis Gallegos Valdés por este triunfo tan resonante al que se asocia gustosa la Revista ECA.—*A. Landarech, S. J.*

Pedro Joaquín CHAMORRO, Historia de la Federación de la América Central, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1951. 644 páginas.

Las nuevas corrientes sobre la manera de escribir la historia, comienzan a penetrar con paso firme en los países iberoamericanos. A la simple narración de los hechos, sucede ahora la intención de hallarles el sentido que en realidad tuvieron en el quehacer humano; es decir, el historiador quiere y debe comprender la vida pretérita en la medida que convenga a nuestras aspiraciones de cultura y progreso.

Los centroamericanos, aunque en menor grado que otros vecinos del continente, vamos también por ese camino de reseñar los acontecimientos; una prueba de ello es la magnífica obra de referencia por el historiador y académico don Pedro Joaquín Chamorro. Constituye una excepción en nuestra bibliografía, pues se aleja de los relatos intrascendentes, para estudiar, en el terreno sociológico y político, el origen de nuestras luchas durante una de las épocas debatidas de Centro América, la que va de 1823 a 1840.

Mucho es lo escrito en relación con tales sucesos, pero desgraciadamente en ningún tema, quizás, de este género, se ha empleado más sectarismo y menos lógica, para aclarar la realidad. En vez de ir al meollo de la cuestión por el análisis de las circunstancias en que se desarrollaron los acontecimientos, nos hemos atrincherado, con tenacidad musulmana, tras una mampara de localismos y prejuicios. Los resultados nos son harto conocidos: una historia fabricada para la exportación mas no para la comprensión de nuestra vida social y política.

Por primera vez leemos en estas páginas algo que se funda en razones convincentes, sin exaltaciones, que nos obligan a pensar en los grandes males de aquella política desorientada o minada en su raíz por las peores ambiciones.

El autor analiza con amplitud la Constitución Federal, expone los errores y aciertos del presidente Arce, la intervención de México, la anarquía de los estados como Nicaragua y Honduras, las guerras de Morazán y Carrera, etc., y al final inserta, como apéndice, varios documentos de innegable valor, que complementan el texto y lo refuerzan.

No exageramos al decir que de cuanto hemos leído al respecto en la biblioteca centroamericana, es lo que mejor hallamos desde todo punto de vista: su método, la imparcialidad, que tan rara es entre nosotros y la modernidad de sus conceptos, elevan a categoría superior esta Historia de la Federación.

Celebramos también que el Instituto Hispánico, de Madrid, acoja estas ediciones, porque será un medio de darnos a conocer en el exterior, y sobre todo en España, donde hoy parece existir un positivo renacimiento de las ciencias y las artes gracias a la auténtica revolución de sus ilustres dirigentes.

Agustín Tijerino R.

NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ. Jaraguá. Novela de las costas de El Salvador. (22½ x 17, 366 págs.) Editorial Ahora, San Salvador 1950.

Esta novela del conocido hombre del Foro y ateneísta Napoleón Rodríguez Ruiz es un retrato de la campaña salvadoreña, de la vida de sus naturales, sus tragedias, sus tristezas, su resignación en la pena.

Salvador Mirón, un español, dueño de una gran hacienda, es el padre natural de la Loncha, muchacha que se cría en la casa con más miramientos que las demás. De una aventura de ésta con Marcia, mozo valiente y de cualidades, nace, también ilegítimamente, Nicasio, el protagonista que luego ha de venir a llamarse Jaraguá. El cambio de nombre lo explica el nove-

lista en boca de Braulio así: "—Nicasio te puso tata cura, pero yo te viera puesto Jaraguá porque juiste como el zacate dese nombre, quionde quiera que lo siembran nace, y nada necesita para crecer, y anque lo corten cien veces, nua dado uno la vuelta cuando ya él solo está crecido otra vez. Talmente juiste vos. Onde te tiraron ayí naciste. Y fué un milagro que te criaras". (Jaraguá, p. 173).

Se advierte en este pasaje una influencia de Pereda que de una manera parecida da el nombre de Sotileza a Silda en boca de Tío Michelín. Esto nos llevaría a una comparación con el gran novelista montañés. Pero no lo vamos a hacer. El mayor punto de contacto es su regionalismo.

Hay, además de su costumbrismo auténtico y que llega a veces hasta la médula de estas gentes, lo que pudiéramos llamar la cáscara de eso mismo: el lenguaje auténtico, copiado del natural, con una fuerza y expresión que se creería trasladada de la boca al papel. A veces resulta crudo.

La descripción del paisaje, sobre todo en 'Cuando brama la barra', es de un realismo grande.

A veces filosofa, v.g., sobre lo que debe ser el maestro, sobre el influjo de la tierra en el hombre, sobre las tradiciones y supersticiones del indio. Y hasta hay una apología del abogado actual y una sátira de los jueces de paz de pueblo.

El lenguaje a veces poético y cuajado de metáforas e imágenes originales y atrevidas. Esto no quita para que en otras ocasiones se vuelva amanerado, al describir sobre todo; resultando más natural y espontáneo cuando se deja llevar por el río de la narración. Hemos notado también algunas pequeñas incorrecciones del lenguaje.

Para terminar queremos hacer notar también algunas frases despectivas para la religión y hasta blasfemas (Págs. 308 y 309) y dos escenas de violación muy escabrosas que debería haberlas

dejado en la penumbra o haberlas omitido.

Por lo demás la novela es interesante, rica en vocabulario criollo y en imaginación, y sobre todo notable por la penetración del pueblo que pinta, más que por la misma trama de la novela.

A. Landarech, S. J.

MARIA DE BARATTA.— Cuzcatlán Típico. Ensayo sobre etnofonía de El Salvador. Folklore, Folkwisa y Folkway. Publicaciones del Ministerio de Cultura. San Salvador, C. A. 1952 (40 x 28 cms. y 740 págs.)

Con fina dedicatoria, que agradecemos, acabamos de recibir este segundo tomo de la obra de Dña. María de Baratta, "Cuzcatlán Típico". Esta obra de romanos ya ha sido altamente elogiada por grandes musicólogos y folkloristas: Jesús Castillo, Rafael Girard, Bogumil Sykora, Lic. Antonio C. Villacorta...

A Dña. María se ha juzgado como etnofonista, pianista, y compositora; y todo ello es realmente la autora de Cuzcatlán Típico. Nosotros vamos a enjuiciarla bajo otro aspecto, no considerado aún por tan grandes personalidades. Me refiero a su carácter de escritora.

Su voluminoso libro abarca un estudio de etnofonía, de los instrumentos autóctonos y una valiosa monografía de la música primitiva, colonial y postcolonial en sus dos aspectos: religioso y profano.

Admira en verdad el trabajo tesorero de esta mujer, que ha recorrido toda la República en busca de tesoros escondidos que se hubieran perdido para siempre a no haberse dedicado a encontrarlos con una vocación clara de anticuaria musical empedernida.

En la obra hemos encontrado capítulos de verdadero interés, como son el de los misioneros y el de la Historia de Moros y Cristianos, premiado por la Sociedad "Beneficencia Española". En

todo el relato campea un estilo suelto, escogido y rico en imágenes, lleno de vivacidad, y recamado de exuberante imaginación tropical.

Yo he gozado la mar, leyendo, y hasta tarareando, la Historia de los Moros y Cristianos. Hay en ella una primitividad y una naturalidad, tan ajena de los convencionalismos modernos, que arroba y embelesa. Los "derrepentes" de los gracejos y las improvisaciones de los poetas populares, algo así como las de los "versolaris" vascos, están cuajadas de rico colorido y salpicadas de ocurrencias espontáneas. Los versos de Moros y Cristianos son por lo regular ramplones, no faltando a veces hasta los de pie quebrado, pero en su misma simplicidad encierran un alto contenido filosófico e histórico. Las bombas tienen con frecuencia sal y pimienta. Con razón dice Doña María "que si al canto popular suprimiéramos la letra, le habríamos quitado un 50% de su atractivo e interés".

El lirismo popular cuzcatleco, que la ilustre escritora ha agrupado en danzas, fandangos, sones, cantares, coplas, bombas, corridos, pregones, rondas, etc., tiene mucho de parecido con el español, que brota espontáneamente asociado al canto, y, como sugerido por él. Es de ordinario, como aquél, anónimo. Porque, sea quien fuere su autor, literato o iliterato, vive en labios del pueblo, porque el pueblo lo ha hecho suyo, y ha ido perpetuándose, y pasando de generación en generación, no en los libros, sino oralmente, hasta que Doña María ha logrado estabilizarlo en su precioso libro, y trasladarlo al papel en las notas de la escritura musical moderna, de pentagrama, notas y compases. Y no ha sido poca la habilidad de nuestra autora al traducir los

distintos bailes y cantos a la notación actual musical. Ella misma nos confiesa las torturas por hacerlo fielmente por lo arrítmicos e irregulares.

Hay también destellos de erudición, como cuando establece una comparación entre la música griega y romana y la india.

La canción autóctona salvadoreña, en contraposición a la cubana y mexicana, es, como advierte muy bien la connotada musicóloga, canción ardiente y triste. Parece transparentarse en ella nuestro cielo tropical y la añoranza de un paraíso perdido.

Se nos presenta aquí la música y la letra, seguida de un estudio detallado y original de cada una de las diversas canciones de las diferentes épocas, distribuidas ordenadamente en profanas y religiosas.

La poesía y la música salvadoreña nacen juntas y se crían juntas como dos buenas hermanas gemelas, y tienen toda la natural belleza de las flores silvestres de los campos.

En el transcurso de su lectura hemos tropezado con algunas curiosidades dignas de mención, como la historia de las Fiestas Agostinas y la primera misa que se cantó en Cuzcatlán, el año 1524, algunos bellos villancicos, populares alabados, pastorelas a lo P. Reyes, que en América llevan un aspecto especial muy distinto de las de Lope de Vega y demás creadores de las representaciones escénicas de Navidad.

Mil enhorabuenas, pues, Doña, María. Yo al menos he gozado mucho leyendo su libro. Dejo a los entendidos una penetración más honda de la música cuzcatleca.

Alfonso María Landarech, S. J.

